

REVISTA DE ARTE

Publicación bimestral de divulgación de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile

AÑO III

1937

NÚM. 14

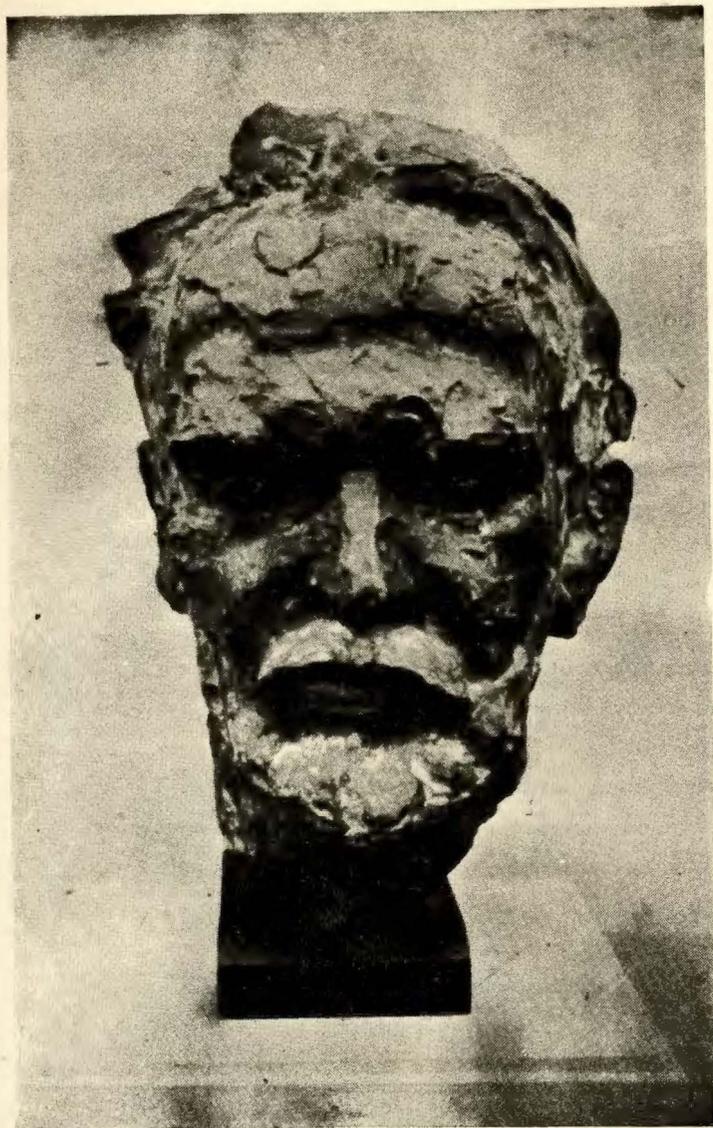
EL V SALON DE VERANO EN VIÑA DEL MAR

HE aceptado alegremente, con esa inocente irresponsabilidad de los entusiasmos cordiales, la amable invitación que se me ha hecho para figurar entre los colaboradores de esta excelente *Revista de Arte*, que ya conocía y apreciaba desde sus primeros números, llegados casualmente a Lima. Y hasta hubo una ocasión, relativamente próxima, en que me fué dable ocuparme en ella, a propósito del número dedicado al Perú, que tuve el gusto de comentar en «*El Comercio*», de la capital peruana.

Pero resulta ahora que mi compromiso es mucho más delicado de lo que al principio imaginé. En efecto, escribir sobre las expresiones de arte chileno que acabo de conocer en el V Salón de Viña, no es tarea fácil, máxime cuando se tiene un concepto comprensivo y respetuoso del esfuerzo ajeno. Mas no he de rehuir el compromiso. Y aquí me entrego a la benevolencia comprensiva de mis colegas y a la tolerancia bondadosa de los lectores.

Lo primero que me sorprende en la pintura chilena, en abierto contraste con la orientación que hoy prima en mi país, es la ausencia de un interés representativo de la propia expresión nacional. No es que crea, como pretenden algunos, que el arte debe tener una misión representativa exclusivista del color local: eso sería encerrar y limitar el arte a

un papel restringido y esclavizado, en servicio de intereses de fronteras. Pero si pienso que cada país debiera procurar la acentuación de su propia psicología y determinar sus perfiles raciales, sin perjuicio de producirse también en otras formas de expresión plástica. El ejemplo de México, que en cierto modo ha tenido un reflejo afortunado en el Perú, podría normar la actitud expresiva de los demás países del Continente, pero sólo en lo que tiene de extraversión del alma nacional, de la riqueza folklórica, de la propia plástica y el propio ambiente. Restricción que tenemos especial interés en señalar como límite desde que estamos viendo que ya en ese hermoso país empieza la pintura a tomar un giro interpretativo de problemas sociales que nunca he creído necesario mezclar con el arte. Lo encuentro lo más antiestético que pueda darse. Y denigrante para la misión misma del arte, puesto que al ponerse «al servicio» de asuntos de un orden absolutamente ajeno a su misión natural, traiciona sus principios. Se comprende que determinadas orientaciones de orden político necesiten recurrir a diferentes medios de propagación y que las artes plásticas ofrezcan elemento valioso para tales fines; pero de allí a exigir, como hoy en día está pretendiéndose, que el arte «debe» definirse en un sentido social determinado y ponerse, por tanto, al servicio de señaladas tendencias, me parece una cosa monstruosa, que felizmente no ha llegado a tener el eco



Pablo Burchard.
Escultura de Lorenzo Domínguez.

que esperaron sus propugnadores. En cambio, considero importante que cada país refleje su propia naturaleza y nos presente lo esencial y fundamental de su alma, lo más genuino de su carácter, su historia misma, su geografía espiritual y plástica. En ese sentido, México y el Perú marcan hoy un rumbo bien definido en la América y despiertan un interés cada vez mayor. Creo que a Chile le falta eso. He verificado directamente la existencia de excelentes pintores, mas no encuentro aún, sino en forma episódica, dentro de lo poco que me ha sido dado conocer, esa traducción del alma chilena, esa fijación de motivos y elementos genuinos, capaces de determinar el espíritu del pueblo y el alcance psicológico de su fuerza propia. A cambio de ello, he tenido el placer de admirar algunas obras de tipo universal ciertamente dignas de alabanza y que justifican, en buen número de casos, la admiración de que gozan sus autores.

Señalaré, para comenzar, la brevísima obra que he admirado del pintor chileno Pablo Burchard, cuyos dos paisajes, que hacen honor al V Salón de Viña, reflejan una maestría técnica y un espíritu artístico de la más elevada clase. La simplicidad de elementos empleados, la rotundidad del procedimiento, la soltura magnífica de la pincelada, la sobriedad ejemplar del colorido, etc., marcan un grado de superación difícilmente imitable y señalan a su autor como un verdadero maestro, legítimamente admirado. Haciendo excepción en mi propósito de no precisar categorías ni pretender definir posiciones jerárquicas, creo un deber señalar la figura de Burchard como la única que me ha impresionado en modo definitivo, como una personalidad en lo absoluto lograda y ejemplar. (1)

Ello no excluye, desde luego, la existencia de otros valores, en diferentes grados de avance, y, sobre todo, la presencia de espíritus finos animados por una inquietud sintó-

(1) Sus cuadros ya han sido publicados en nuestros números anteriores.

mática y que es promesa viva. Entre ellos está Jorge Madge, sin duda uno de los hombres mejor dotados que he conocido en punto a capacidad valorativa del arte, a sutileza de visión, a amplitud de miras, a generosidad de espíritu y, sobre todo, a amor por la pintura. Es el tipo justo del hombre que vive para el arte. Su espiritualidad se refleja también en su aporte al Salón viñamarino, mas no en proporción equilibrada con su propia inteligencia y menos con sus mismas posibilidades. Sin embargo, puede gozarse frente a sus telas con la gracia rítmica que ha sabido imprimir a sus figuras en el *panneau* u titulado «Estío», cualidad en mucho superior al colorido empleado, tanto como en el breve óleo «Bañistas», compuesto con amorosa euritmia. Los retratos que presenta des-nivelan su envío, pero se recobra con creces en el poético «Paisaje» premiado, sin duda un acierto cabal, capaz de señalar nuevos rumbos al artista. Esa dulzura de atmósfera, esa transparencia lograda con tanta simplicidad, esa discreción de paleta, que se nos antojan en cierto modo influenciadas por idénticas cualidades ya apreciadas en el maestro Burchard, señalan en Madge al tipo pintor-artista, excepción notable en una época en que prima el *standard* del pintor-técnico, frío, pobre de mensaje y angustioso de efectos *ad captandam vulgus*.

Don Arturo Gordon nos impresiona sobre todo por una indudable voluptuosidad de paleta, por ese deleite refinado en el juego de armonías cromáticas, que se evidencia principalmente en su «Primavera», concepción un tanto convencional, pero que ejerce indudable atractivo, pese a ciertas debilidades de dibujo, bastante compensadas, afortunadamente, con la jugosa coloración del conjunto, cuyas figuras nos ofrecen preciosos contrastes de tonalidades, elegidas con verdadero gusto cromático, revelador de una sensibilidad amoro-

samente cultivada. «La Brisca» es uno de los pocos cuadros costumbristas que figura en el Salón. Sus efectos lumínicos han sido bien conseguidos y es sin duda lo más vigoroso y rotundo del envío de Gordon, ofreciéndome, en este caso de observación personal, el más curioso ejemplo de coincidencia con la manera y aun con el colorido del maestro peruano Daniel Hernández, excelente pintor peruano que fundara en Lima la Escuela Nacional de Bellas Artes. Los demás cuadros de Gordon poco agregan en su haber y algunos de ellos se resienten de cierta debilidad estructural, determinada seguramente por la ausencia de modelo. Mas también en estos casos, la paleta de Gordon se afirma en su reino y nos regala así con preciosas notas de color.

Camilo Mori es un caso que podríamos señalar como excepcional dentro de lo que vamos conociendo de la pintura chilena. Mas no excepcional en un sentido de superación absoluta, a la que aun no ha llegado, sino principalmente en lo que representa como inquietud expresiva y como afanosa búsqueda de horizontes. Dotado de una facilidad extraordinaria, su obra, de la que, aparte este breve envío al Salón de Viña, hemos tenido oportunidad de conocer diferentes etapas productivas, demuestra una angustia sin límites y quizás también una desorientación reveladora de que aun no acaba de encontrar su verdadera meta. Figuran aquí con dos retratos, uno de ellos causante de sorpresas y aun de críticas acerbas. No es para tanto, sin embargo. Creo que Camilo Mori es bastante consciente de sus actos pictóricos y estaba ya prevenido contra ciertas reacciones. Aquel retrato de la dama de chaqueta roja, que indudablemente se presta a la despectiva catalogación entre el *affiche* y el *figurín*, ofrece una sensación espiritual que está muy por encima de tan dura clasificación.

Puede admitirse, no obstante, que, dentro de ese nuevo concepto que ha encontrado Mori para expresar su inquietud, es posible lograr resultados de mayor madurez, mas ello no debe significar un rechazo, pues creo ver, detrás de ese fondo convencional y a través de las diferentes cualidades pictóricas de esa tela, especialmente la deliciosa transparencia tonal del rostro de la dama retratada, un futuro capaz de determinar una posición más firme en la producción de Mori, artista que me ofrece el espectáculo reconfortante del hombre siempre en camino y que ha superado ya la etapa del esclavo de los procedimientos escolásticos. Lo cual, sin embargo, no me priva de lamentar que, dentro de tales procedimientos, Camilo Mori haya abandonado algunas posibilidades suyas que bien situado podrían mantenerlo ya en el ambiente pictórico chileno. Pero no encerremos a los hom-

bres dentro de nuestras propias limitaciones y dejémosle a Mori que corra por la vida buscando nuevos caminos. Quizá descubra mañana uno que lo fije; quizá vuelva alguna vez por los abandonados; quizá siga caminando y caminando... que el destino del hombre es caminar...

Luis Strozzi es otra de las figuras que se destacan en el conjunto. Conocíamos su obra desde la exposición que acaba de presentar en Valparaíso. Y la conocíamos también a través de burdos plagios... Es preciso reconocer en Strozzi a un artista que, a la inversa del caso de Camilo Mori, encontró ya su camino. Mas es un camino corto, en el que le queda ya muy poco por recorrer. Se ha encerrado Strozzi dentro de un círculo cromático y de procedimiento que no le ofrece un porvenir muy alagador, si es que él aspira a un desenvolvimiento de su personalidad artística. Su obra revela una fijación peligrosa. Y acusa cierta insistencia de paleta que le resta atracción. Sin dejar de reconocer que, dentro de su peculiar manera de pintar, logra con frecuencia obras dignas de la estimación que aquí goza. Strozzi, sin embargo, me impresiona como un hombre que no se declara culminado. Tiene una habilidad indiscutible y he llegado a enterarme de ciertas características de su evolución en los últimos años, que le ponen en una posición prometedora. Por lo pronto, lleva ganado el título de poseer una personalidad bien definida. Y eso significa mucho en la carrera de un artista. Los dos grandes paisajes que presenta en este Salón, revelan muchas de sus mejores cualidades de paleta, pero resultan fríos e inexpresivos, un esfuerzo extremado de dimensiones para asuntos en sí poco cautivantes y escasos de finalidad estética. Las naturalezas muertas, en cambio, están muy bien dentro del género



«Paisaje», óleo de Jorge Madge.
Primer premio.

y ha sabido acusar en ellas las calidades materiales, logrando conjuntos armoniosos, tratados con entonante vigor plástico. Bien ganado el premio, promesa de otros más significativos.

Jorge Caballero presenta apenas una breve tela, un paisaje titulado «Iglesia de Clamart», bastante, sin embargo, para reconocer en el artista cualidades de la mejor casta pictórica. Se ve que Caballero ha pasado ya la etapa de los primeros placeres de la técnica en sí. Y nos ofrece una traducción muy fina de sus consecuencias. Sobriedad y equilibrio son sus características predominantes. Un trato inteligente de las tonalidades grises, una soltura elegante y una deliciosa poesía determinan la realidad de este paisaje. Lástima que no haya podido admirársele ahora en otras expresiones que puedan acusar mejor su personalidad.

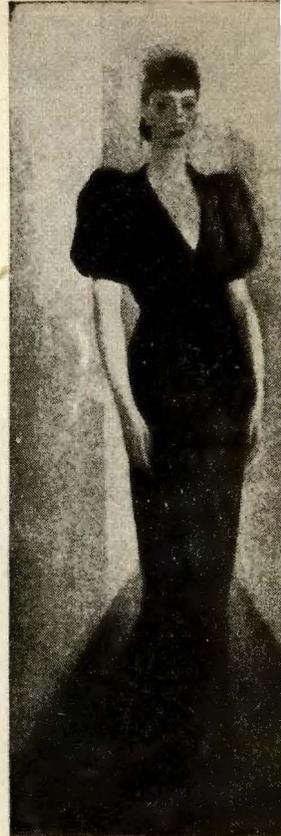
Arturo Pacheco Altamirano impresiona violentamente con sus efectos de grandes pincladas y la vivacidad de un colorido llamativo. El tema del puerto tiene también sus atracciones objetivas. Pero tales alardes de habilidad exigirían una estructuración más sólida. Y ese propósito de fijar escenas animadas de la realidad, pide también una mayor conciencia constructiva. Tengo la impresión de que el señor Pacheco Altamirano es uno de esos pintores para quien no existieron dificultades en los comienzos. Tiene una suerte de virtuosismo brillante, capaz de conquistarle rápidamente numerosos adeptos; pero ello no basta para lograr una ubicación dentro de un criterio de pintura artística seria, aproximándose más bien hacia la escenografía. Ese virtuosismo de superficie, un tanto informal, y espectacular, no resiste mucho el análisis y resiste mucho menos los embates del tiempo, juez tremendo en estas cosas del arte. Si no ahonda más Pacheco en la construcción de su pintura, si no penetra con más seriedad en

los secretos arquitecturales y en la esencia misma de las cosas, sus barcas y lanchones corren el peligro de hundirse pronto en las aguas que con tanta transparencia consigue en las mismas telas. Tiene una gran habilidad y también un certero sentido de las armonías, sobresaliendo en el trato de las tonalidades grises que hacen de su tela «Feria de Puerto Montt» una de las más afortunadas de su envío.

El señor Alfredo Cañas Valenzuela presenta un retrato de señora por el que ha sido elogiado con vivo entusiasmo. No participo del mismo, salvo por la belleza natural de tan distinguida modelo. La obra no resiste un análisis seriamente orientado. Un retrato aparentemente agradable no siempre es un retrato bueno. La crudeza del verde del traje, la debilidad de dibujo de brazos y manos, etc., ponen al observador en el caso de esperar otras demostraciones del mismo artista para que sea justificado el entusiasmo de sus admiradores. Sin dejar por ello de reconocer cualidades estimables, evidenciadas preferentemente en el rostro de la retratada, cuidadosamente expresivo.

Mr. Jean Schweckler, de nacionalidad francesa, nos brinda un breve conjunto de telas, entre las que se destaca un delicioso «Paisaje de Nueva York», pintado con una finura encantadora. Pintura que refleja un espíritu fino, una cierta aristocracia artística sumamente cautivante. Esa atmósfera tan bien conseguida, esa sensación de niebla tan sutil y otras cualidades de entonación están revelando al pintor de casta, capaz de lograr éxitos de mayor entidad.

La señorita Bertha Smith Langley presenta un conjunto de «Flores», «Duraznos» y «Naturaleza» que la han hecho acreedora a un primer premio. A ese conjunto se agregan sus acuarelas de flores. En todos estos trabajos, demuestra condiciones que justifican



«Retrato» Camilo



«La brisca», óleo de Arturo Gordon.
Primer premio,

la recompensa. Su único cuadro de figura, sin embargo, dista mucho de la calidad legítima de sus frutas y flores, tratadas con una delicadeza verdaderamente refinada. Su verdadero mérito está en estos temas, que cultiva con evidente fruición. Graciosa de color, fina de empaste, justa de valores, transparente y armoniosa, diríase que emplea los mismos perfumes de sus frutas, los mismos aromas de sus flores para aplicarlos en su fidelísima representación. Hay en la señorita Smith toda una promesa de buena pintura, afortunadamente anunciada con la realidad de hoy.

El señor Arturo Valenzuela Contardo presenta un nutrido conjunto de óleos y acuarelas, sin hacer prácticamente, la distinción de manera en ambos procedimientos. Sus óleos

parecen acuarelas, por la ligereza informal como están tratados. En la acuarela es admisible cierto abandono que a veces presta un encanto particular al género; pero el óleo exige mayor responsabilidad de estructura, mayor conciencia técnica y un concepto más definido en la construcción. Sus árboles echados caprichosamente al viento, en una suerte de «bataclanismo» pictórico, gritan sus crudas tonalidades sin la menor contención ni el más leve propósito de definir los materiales que se trata de reproducir. Hay, sin embargo, una cierta alegría cromática que podría salvar algunas telas si estuviera dosificada con equilibrio y medida; pero parece ser aquello un plan indeterminado, que se aplica sistemáticamente. Las acuarelas adolecen de idéntica uniformidad de criterio pictórico y todas parecen la misma. El autor tiene innegables condiciones y la obra que presenta no parece significar una meta sino un camino. Hay allí un pintor que anuncia una evolución prometedora. Y no es exagerado ni simplemente amable esperar de él mejores expresiones.

Citemos, finalmente, para no alargar demasiado esta crónica, ya bastante extensa, los envíos de Benjamín Guzmán Valenzuela, sobrios y amables, sobre todo la «Marina» N.º 71, de agradables tonos; las marinas de Alberto Cabezón, demasiado artificiales en su habilidad; un «Paisaje» de José Caracci, de excesivas dimensiones para un resultado bastante débil, pese a sus arrestos de energía escenográfica; los diminutos paisajes y escenas de Manuel Quevedo Soto, de un empaste recargado, pero original y de atractivo cromatismo; las frutas y naturalezas de Agustín Calvo Juarros, que acusan una buena visión y justo trato de los materiales, así como certeza de paleta, gallardamente alejado de todo preciosismo fácil; una «Naturaleza» de Dora Puelma, delicada de color; algunas «Flores» de Lucrecia Dittborn de Sánchez, que anun-

cian mejores posibilidades, y una de las telas de Rafael López Patiño, ese simpático retrato de una pintora, de agradables tonalidades, pero con una mano fatal.

En acuarela se destaca el alemán Günther Hirschell, artista de clara inteligencia y propósitos bien definidos y mejor logrados. Sus proyectos escenográficos, de una entonante modernidad, vigorosos de concepción y bien resueltos, y sus notas urbanas de ambiente europeo, estructuradas con energía de arquitecto y con gracia de color, hacen un conjunto que justifica ampliamente el premio otorgado. Ismael Echeverría presenta, igualmente, un precioso conjunto de acuarelas de gran frescura y delicadeza de color, animadas por cautivante poesía. Israel Roa se distingue, sobre todo, por los agradables efectos que logra con un procedimiento de la máxima soltura en el género. Sus coloraciones brillantes, puras, transparentes, denotan una visión y una resolución rápida, sin detenerse en minucias preciosistas ni en amaneramientos. El mismo sistema lo persigue la señorita Chela Lira, pero cae en el abuso de lo informal, en un abandono que pasa ya los límites de lo seriamente considerable. Resulta inconsistente, aunque graciosa de color. Su «Tibiamente desnuda» es un acierto felicísimo de color y calidad. Y recordamos también una inspirada cabeza al óleo, tratada con bastante soltura. Mencionemos, por último, los simpáticos proyectos para vitreaux de Carlos Valdés, procedimiento que puede proporcionarle felices resultados, cuando adquiera la madurez que aun le falta. Hay imaginación y gracia que prometen.

Pocos dibujos verdaderamente interesantes hemos visto en el Salón. Recordemos los desnudos de Dora Puelma, amorosamente tratados y originales, así como algunos aciertos de Albino Quevedo (autor también de unas buenas cabezas al óleo), simpáticos estudios de

Obdulia Guillén, unas interesantes ilustraciones de Carlos Hermosilla y, lo más importante, la «Pietà», de Jorge Madge, de una fuerza dramática bien lograda y de un ritmo de composición muy consciente.

En escultura, sobresale con insuperable gallardía la obra de Lorenzo Domínguez. Su hermoso «Torso», vibrante y enérgico, el soberbio retrato de don Pablo Burchard, magnífico de expresión, la deliciosa «Santa Olla», finamente policromada y modelada con evidente delectación y sabiduría, así como sus dos cabezas en bronce, están revelando a un escultor que, sobre dominar sus materiales



«Feria de Puerto Montt». Oleo de Pacheco Altamirano.

con absoluta comodidad, manifiesta en toda su obra una inteligencia alerta, una conciencia creativa de alta distinción y una espiritualidad de la mejor alcornia artística. Ana Lagarrigue presenta un «Cristo de paz» elegantemente estilizado y de un ritmo lineal de lo más cautivador. La «Maternidad», de Teresa León revela un espíritu artístico fino. El movimiento de la figura, dentro de una graciosa arbitrariedad constructiva, tiene un ritmo que conquista rápidamente la simpatía admirativa. Juana Müller Goldmann ha ganado un premio justamente, con su delicado «Busto con manos», lástima que éstas no le



«En el balcón», óleo por Berta Smith Langley
Primer premio.

hayan rendido con tanta eficacia como la mística expresión de la figura. René Román Rojas ostenta dignamente un original, «Busto de hombre», modelado con seguridad y persiguiendo calidades que alcanza con el mejor éxito. «La ola», de Luis Meléndez sugiere más extenso comentario. Revela indudable inquietud expresiva y una imaginación bien servida. El asunto, sin embargo, nos parece mejor para tratado en los planos de un relieve, lo que le hubiera permitido mayor éxito en el impulso dinámico, que se limita y hasta se anula según sea el foco del observador. Meléndez demuestra intentos de liberación que permiten esperar de sus manos obras que superen con exceso ese límite que parece encerrar a los escultores en el estrecho cerco de las cabecitas y los bustos sin finalidad mayor. Conoce profundamente el dibujo y tiene una fresca fantasía que ha de permitirle mayores triunfos. Su obra de decorador, bastante conocida y bien estimada, le coloca en una posición honrosa en el ambiente artístico chileno. Citemos, para terminar, entre otros intentos amables, los esfuerzos de Sergio Roberts, que trata de ser escultor robándole así atención a otras actividades artísticas en las que puede obtener mejores resultados. Ese diletantismo expansivo suele restar vigor a las capacidades mejor dispuestas.

En grabado, admiramos las interesantes planchas de Pancho Parada, espiritualmente influido por el alemán George Gross, pero personal en su actitud y consciente en su procedimiento, animado por un espíritu siempre afanoso de expresión. Y lo mismo puede decirse de Carlos Hermosilla Alvarez, que figura con un conjunto que denota inteligencia y espiritualidad.

Las fotografías de Jorge Opazo son magníficas en todo sentido, artística y técnicamente hablando. Pero no está solo: Jacques

Cori, José Drago y Antonio Quintana hacen una vecindad que se honra mutuamente. Hay que elegir allí entre un nutrido conjunto de verdaderos aciertos. Esos soberbios retratos y esos torsos admirables de Opazo, esas «Cadenas», ese «Puerto Montt», etc., merecen el calificativo de obras de arte. Y lo mismo y en su mayoría las obras de sus colegas. El conjunto fotográfico supera en homogeneidad cualitativa al conjunto mismo de pintura. Ventajas de las lentes...

En cerámica se presentan diversos conjuntos de figuras de barro vidriado, tipos populares, platos, cabezas, etc., blancos o bicromados, que ofrecen interés. Sus autores, Olga Díaz, René y Benito Román Rojas, Haroldo Donoso, Manuel Vidal, Enrique Ovalle y Carlos Hassmann, confieren a este Salón un atractivo más y anuncian la posibilidad halagadora de un futuro artístico industrial que ha de ser muy fructuoso. Lo mismo en tejidos y encuadernación, de lo que dan buenas pruebas María Ramos y Estela Donoso de Molanphy, con sus alfombras, y Emilia Guevara con sus portalibros.

No hemos dejado de admirar, desde luego, algunos alardes futuristas, superrealistas y demás muestras de la psicopatografía decadente de nuestros días. Pero los hemos admirado particularmente por la inocencia de sus autores, que nos recuerdan que todavía vivimos en América imitando los restos de cuanta tendencia de tanteo y prueba se hace en Europa, aunque no nos corresponda como gesto original y propio. Desde luego que con frecuencia se acierta en la gracia lineal, en la chispa cromática y hasta en la imprevisibilidad de ciertas formas o de ciertas recetas, pero... a cambio de la satisfacción infantil de sus autores, que suelen recurrir a denominaciones trascendentalistas y truculentas, tenemos en este Salón viñamarino algunos coqueteos supermodernizantes de pura superficie



«Gallina», óleo de Israel Rojas

y ningún alcance, que animan el conjunto salpicando de buen humor los rincones entristecidos con el peso muerto de los envíos adocenados y de los intentos fallidos.

Dejemos para los técnicos el juicio sobre la Sección Arquitectura. Y dediquemos un párrafo especial a los envíos extraordinarios.

Lo más importante es, sin duda, el conjunto de óleos de Tomás Somerscales, el afamado pintor marinista inglés. Podría hablarse extensamente sobre cada uno de los cuadros presentados. Pero sería excesivo y abusivo ya. Señalemos principalmente su gran Marina—grande en dimensiones y en calidad—, que nadie dudaría en considerar una verdadera obra maestra, una magnífica pieza de museo. Es de sobra conocido y admirado aquí su autor; para que sea necesario pretender un elogio analítico de las cualidades de esta obra y las que la acompañan. Pero marquemos también el pequeño paisaje de Santiago desde el cerro Santa Lucía, de un delicado romanticismo y de las más finas entonaciones. No hay una pincelada perdida en la obra de So-

merscales. Todo se justifica plenamente. Todo cautiva y convence, desde los ya viejos cuadros del 88, hasta la hermosa Marina de 1911. Ha sido un lujo del Salón de Viña poder exhibir estas obras, gracias a la gentileza de sus propietarios.

El pintor boliviano Víctor Cuevas Pavón, ganador del Premio de Honor de 1937, es un artista de evidente mérito. La obra que presenta, desigual en calidad, permite apreciar diversos estados de alma del artista, un alma torturada y mística, con ciertas inclinaciones tanatofílicas reveladas en la frecuencia con que gusta de tratar asuntos de cementerio y de muerte. Hay un sentido trágico y misterioso en su pintura y ello le presta particular interés, porque es el artista que está más allá de la técnica y persigue ideas y sensaciones un tanto literarias, es verdad y otro tanto influídas—o coincidentes, si él lo prefiere—por el arte místico de Roerich, el afamado pintor y filósofo ruso-norteamericano. Sólo que en Roerich la maestría pictórica propiamente dicha conjuga perfectamente con

sus afanes expresivos, en tanto que Cuevas Pavón revela aún ciertas debilidades de técnica. Su colorido peca de cierta monocromía, seguramente perseguida en plena conciencia; pero no es forzoso ser un «obscurista» siempre para ser un artista de pensamiento. Algunas de sus composiciones, por ejemplo los números 12, 23, 24 y 28, bastarían por sí solas para considerarlo un excelente artista, dentro del tono tétrico que consignamos. Otras, el N.º 10 en este caso, acusan un buen propósito nacionalista de presentar escenas típicas bien definidas. Esta especie de danza india, que tiene su eco en otra tela de más movimiento aun, se distingue por cierta inusitada alegría cromática, pero es menos vigorosa que las anteriores. Un precioso paisaje primitivista, con algo de italiano antiguo y también con algo de japonés moderno—[curiosa coincidencia anacrónica!—, nos ofrece el caso ingenioso y sugestivo de apreciar la misma escena en dos luces diferentes, placer de estudio logrado con bastante felicidad. En fin, Cuevas Pavón ha obtenido un buen éxito con ese premio tan honroso, pero no podremos considerarlo aún definitivamente consagrado. Es un pintor en marcha, que lleva en sí la ventaja de mantener su cabeza en la paleta, caso ciertamente afortunado en estos tiempos en que es tan frecuente que los pintores la lleven en los bolsillos...

El conjunto de la malograda Teresa Miranda nos da prueba emocionante de lo que Chile ha perdido con la desaparición de esta pintora, muerta en temprana edad. Una visión personalísima de figuras y cosas, una sensibilidad verdaderamente exquisita, una disposición natural tan extraordinaria para lograr efectos y transparencias de la más distinguida filiación artística y, en fin, tantas otras cualidades de excepción, prestan a este conjunto un encanto particularísimo y nos ha confesado en parte mínima la tristeza de su

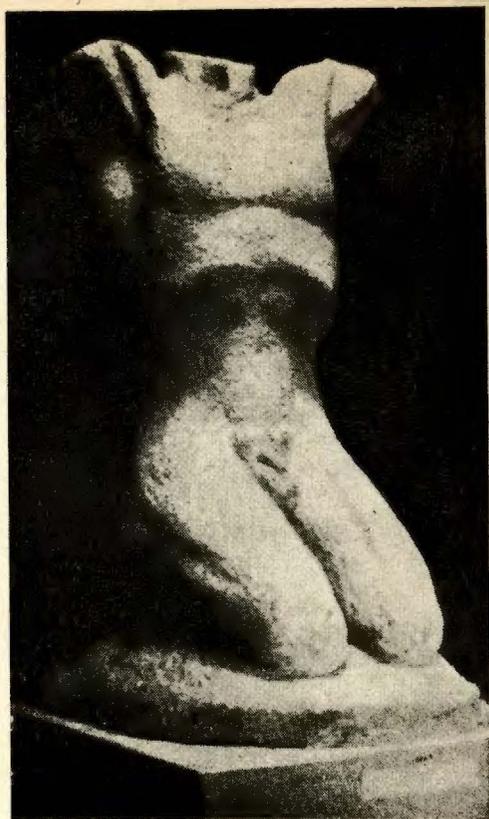
«Santa Lucía» óleo, de Tomás Somerscales.



partida al permitirnos rendirle un homenaje póstumo, tan sincero y delicado como correspondía a la finura de esta pintora tiernamente truncada.

Del envío peruano no nos ocuparemos, dejando esta tarea a la crítica chilena. De esa manera los artistas chilenos se verán en algún modo compensados de nuestros desaciertos al juzgarles en estas líneas... Séanos permitido, empero, dejar constancia, rectificando, así ligeras afirmaciones que denotan desconocimiento y hasta una falta de hospitalidad que no es, ciertamente característica chilena, de que el envío peruano, si bien no tuvo nunca un significado extraordinario, ni pretendió asombrar a nadie, no por ello debe considerarse absolutamente huérfano de categoría dentro de lo que representa el actual movimiento pictórico peruano. En discursos y conferencias que se han producido aquí, tanto como en artículos y reportajes publicados en Lima, dejamos oportuna constancia de que al aporte peruano al V Salón de Viña representaba, ante todo, el deseo de traer a Chile un conjunto de nombres y obras como propósito sincerísimo—que nadie se atreverá a discutir—de acercamiento espiritual, de contacto directo y vivo del arte peruano con el arte y el público chilenos. Encima de tan valiosa razón, de una importancia tremenda en estos momentos de estupidez antropofágica universal, hemos tenido la satisfacción de presentar algunos nombres que sólo una absoluta desvinculación con la realidad artística peruana puede desconocer como representativos de un movimiento artístico perfectamente definido y apreciado.

El V Salón de Verano de Viña del Mar, pese a los eternos descontentos y pese también a los inteligentes críticos que ha tenido y que le marcan rutas mejores, señalando sus actuales deficiencias, ha tenido para



«Elevación».
Escultura de Sergio Roberts.

mi un significado de superior trascendencia. Su mantenimiento durante cinco años, las proporciones cada vez mayores de su contenido, el interés que viene despertando en los demás países del continente y los propósitos de sus animadores, que se esfuerzan por rodearlo de garantías y desarrollarlo dentro de mejores condiciones aun, bien pueden tomarse como un síntoma elocuente de la espiritualidad chilena, que viene determinando así una posición dentro de la cultura americana. Una posición tan honrosa como para señalar rumbos a los países hermanos, en su mayoría un poco despreocupados aún de estas cosas del espíritu y cada vez entregados con mayor entusiasmo a propiciar encuentros de boxeadores y torneos de puntapiés...

Carlos Raygada.

Viña del Mar, 16 de febrero de 1937.